

Lo que no cambia

ESTEFANÍA MUÑIZ *

Desde el primer cinematógrafo hasta nuestros días, el cine ha encontrado nuevas formas de contar, se ha independizado de otras artes en los puntos en los que es distinto y se ha ido armonizando con ellas en otros aspectos con esa belleza, que sólo logra la intermedialidad. Desde la magia de Meliés y su viaje a la Luna hasta nuestros días, los sueños y la esencia de las historias no parecen haber cambiado, pero sí la forma de expresarlos.

Recordemos que en los comienzos del cine la cámara fija era casi teatral, hasta que el desglose de planos permitió captar con todos sus matices la mirada de cada director. Más adelante, cuando el cine mudo dio paso al sonoro, no creo que nadie imaginara la influencia que hoy tendrían los denominados vídeo clips sobre las películas. El cine en blanco y negro ha dado paso a los actuales filmes en los que el blanco y negro convive con el color al estilo de algunos comics. Y el tiempo fílmico no queda libre de novedades ya que los montajes temporales lineales han cedido a la moda de montajes discontinuos en los que las narraciones comienzan por el

final o por cualquier momento de la historia y el espectador ya entiende que ha de dejarse llevar en ese vaivén de imágenes, en manos del director, sin esperar nada, sólo disfrutando de una película más o menos jeroglífica hasta el desenlace final. Y la espiral gira sobre sí misma. Hay una tendencia creciente a los silencios en el cine. Hierro 3, de Kim Ki Duk (2006) debe tener cinco minutos de diálogos en una cinta de noventa minutos y es inquietante además de cien por cien poesía. Dicen que todo vuelve. Yo pienso que hay cosas que nunca se han ido. Lo importante es saber cuáles son y así no distraerse con las discusiones periféricas. Tengo entre mi colección de cintas, algunas cuya realización dista en el tiempo y en el espacio y sus directores escogieron formas y formatos distintos para contar algo que en su centro es igual. Entre ellas esta El corazón del ángel de Alan Parker (1987), El maquinista, de Brad Anderson (2004, guión de Scott Kosar), Romeo y Julieta (adaptación de Baz Luhrman, 1996) y Esplendor en la hierba, de Elia Kazan (1961, guión de William Inge).

Me gusta ver una tras otra, para comprobar cómo el sentir de los seres humanos no ha cambiado. Cómo no

* Escritora y directora de cine.

cambia de un meridiano a otro. Y cómo una buena película —porque, entre otras cosas, eso es lo que ellas tienen en común—, bajo una historia tramada para mantener al espectador interesado desde el primer instante, lo que hace es reflejar lo que tenemos de humano en nuestro corazón y en nuestras vidas.

Las tramas dan ritmo, dan estructura, pero no son un elemento suficiente. El esqueleto necesita la historia si no quiere convertirse en un producto de marketing. El edificio necesita tener alma. En *El corazón del ángel* y en *El maquinista*, los protagonistas investigan misterios oscuros y que les atormentan de manera espantosa. Recorremos con ellos submundos que no deseábamos conocer de primera mano y, cuando creemos que el sufrimiento que contemplamos es insoportable, nos damos cuenta, es decir, desde una mirada subjetiva, ellos se dan cuenta, de que todas las atrocidades, todo el horror que rastrear con obsesión desde el comienzo de la película, lo han causado ellos mismos. Esta clarividencia, esta lucidez, es como un fogonazo cruel pero también un descanso a la culpa ya intuida.

En *Esplendor en la hierba*, así como en la rompedora adaptación que ha hecho Lührman de *Romeo y Julieta*, el amor de dos jóvenes, los primeros en un pueblo de Kansas, y los segundos en un deshumanizado híbrido entre Los Ángeles y México DF a ritmo de *Gospel* y *Rap*, queda truncado por las expectativas y frustraciones familiares. Esta es, sin duda, otra temática recurrente, con más o menos intensidad, en la ficción y en la vida. El amor verdadero contra las fuerzas de lo imposible.

Todas ellas son películas que cuentan algo. En ellas es importante lo que se cuenta además de cómo se cuenta. Por añadidura están muy bien contadas. Suele suceder. No siempre. Pero es más habitual encontrar películas que no cuentan nada o muy poco y además están contadas con un método estándar. El método se puede aprender, se denomina estructura. Pero a contar

historias es más difícil. Y los edificios del cine necesitan alma.

La cantera de la que se ha alimentado el cine desde sus comienzos, independientemente de la forma en que se envuelvan las historias, esta hecha de emociones universales como el amor, el odio, la venganza, la culpa, la nostalgia, el miedo, el dolor, el deseo o el rechazo, el perdón, la locura, la vergüenza, la soberbia y de todos los viajes, reales o metafóricos pero siempre iniciáticos que nos llevan a ser distintos de lo que éramos cuando éstos comenzaron. La maestría con la que cada autor retome cada uno de estos sentimientos universales, de la mano de otros que ya los interpretaron, es lo que hará que la película llegue o no al público. Esto: Lo que no cambia es lo que nos cambia. Es lo que hace que una película perdure en nuestra memoria. O quizá algunos fotogramas de ella y la esencia de lo que su autor quiso transmitir. Eso es, al fin, tanto y tan poco como la mirada de otro sobre un sentimiento que todos compartimos. Su forma de expresar y de contar. Lo que hace que después de una hora y media en la butaca del cine sintamos que algo se ha transformado en nosotros, porque algo que seguramente ya sabíamos o ya habíamos experimentado estaba dormido en algún lugar y esa película nos lo ha recordado.

Las tramas por sí solas no son suficientes para un cine de calidad. Tampoco lo son los avances tecnológicos que el cine ha experimentado en los últimos años.

El celuloide puede morir, pueden llegar a España películas de todos los extremos del mundo, pero en pleno huracán, el epicentro está en calma, y ese centro es de donde nacen las historias. Y ese lugar, es patrimonio de todos y de nadie.